

**Fermín del Pino-Díaz, Pascal Riviale  
y Juan J. R. Villarías-Robles  
(editores)**

# ENTRE TEXTOS E IMÁGENES

---

Representaciones antropológicas  
de la América indígena

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS  
Madrid, 2009

# 1. SIGNOS Y PIEDRAS: LA LITERATURA ANTICUARIA EN BÚSQUEDA DE LA HISTORIA MEXICANA

---

Miruna Achim\*

*Muchos hechos históricos han sido confirmados o destruidos en virtud del hallazgo de una medalla o de una inscripción.*

JOSÉ ANTONIO ALZATE Y RAMÍREZ

## Los descubrimientos en la Plaza Mayor

El 13 de agosto de 1790, día de la fiesta de San Hipólito y conmemorativo del aniversario 269 de la conquista de Tenochtitlan, el pasado prehispánico de México surgió a la superficie desde los subsuelos donde yacía enterrado. Las reformas urbanas promovidas por el virrey Conde de Revillagigedo (1789-1794) con el propósito de adaptar la Ciudad de México a las últimas modas de higiene y belleza europeas tenían la ciudad literalmente revuelta y a la gente quejosa por tanta obra de cañería y empedrado. Para algunos la recompensa fue grande, sin embargo: entre los escombros, a unas 37 varas al poniente del Palacio Real, se encontró una muy voluminosa pieza esculpida, representativa de alguna deidad *mexica* (Ilustraciones 1.1 y 1.2). Más tarde, el 17 de diciembre del mismo año, y a poca distancia de donde se había hallado la primera estatua, se descubrió otra gran pieza, de forma circular, labrada con numerosas figuras jeroglíficas<sup>2</sup> (Ilustración 1.3). A lo largo del año siguiente se desenterraron más piezas y algunos sepulcros con osamenta animal. Los hallazgos de 1790-1791 se sumaban, como lo explicaba el erudito Antonio de León y Gama en un texto escrito en 1794, a toda una serie de «descubrimientos» aislados que se dieron durante todo el siglo XVIII; estas piezas prehispánicas de tamaños y

formas diferentes se podían observar esparcidas por toda la ciudad: arimadas a las paredes, en las esquinas de las casas y cruces de las calles, o en algunas colecciones particulares.

A diferencia de cualquier otro hallazgo anterior, las piezas encontradas en la última década del siglo —sobre todo la voluminosa estatua y la piedra circular— se convirtieron en el tema de apasionados y eruditos debates públicos en la prensa periódica. Entre los productos más notables de estas controversias se encuentran el tratado *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras*, así como las *Advertencias anti-críticas*,<sup>3</sup> que Antonio de León y Gama (1735-1802) escribió en 1792 y 1794, respectivamente, para contestar a los embates contra su interpretación de las piezas por parte de otros personajes famosos en la vida cultural mexicana, como lo eran José Antonio Alzate y Ramírez (1737-1799) y, al parecer —bajo pseudónimo— el licenciado Ignacio Borunda (quien, en 1794, junto con fray Servando Teresa de Mier, se volvería célebre, e infame a la vez, por sus ideas sobre la Virgen de Guadalupe).<sup>4</sup> A través de cartas anónimas, impugnaciones, y pequeñas o largas disertaciones en periódicos, estos

\* Universidad Autónoma Metropolitana, Cuajimalpa, México (kimichintli@gmail.com).

<sup>1</sup> Aunque en el siglo XVIII el intento de identificar a esta deidad dio lugar a una intensa polémica, hoy en día hay bastante acuerdo de que la estatua representa a la diosa Coatlicue, al mismo tiempo que hace referencia a otras varias deidades. La estatua se encuentra hoy depositada en el Museo Nacional de Antropología e Historia.

<sup>2</sup> La llamada «Piedra del Sol», también en el Museo de Antropología e Historia.

<sup>3</sup> Para los propósitos de este ensayo estoy usando la edición de la *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras* publicada originalmente por Carlos María de Bustamante en 1832 y reeditada en 1990. En esta edición, además del primer ensayo de León y Gama —la propiamente llamada *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras* publicada en junio de 1792—, Bustamante publicó también el segundo ensayo, *Advertencias anti-críticas*, inédito hasta 1832. Bustamante agregó a los textos de León y Gama sus propias notas, algunas de carácter explicativo, otras de naturaleza ideológica. La edición de Bustamante refleja así la recepción de la literatura anticuaria sobre el México prehispánico en los primeros años después de la Independencia.

<sup>4</sup> Según la «Clave general de jeroglíficos americanos» compuesta por el licenciado Borunda, fray Servando llegó a identificar al apóstol Santo Tomás con Quetzalcoatl y a proponer que los indios americanos conocían y veneraban a la Virgen de Guadalupe desde los primeros años del cristianismo, antes de la llegada de los españoles (véase Mier, 1981).

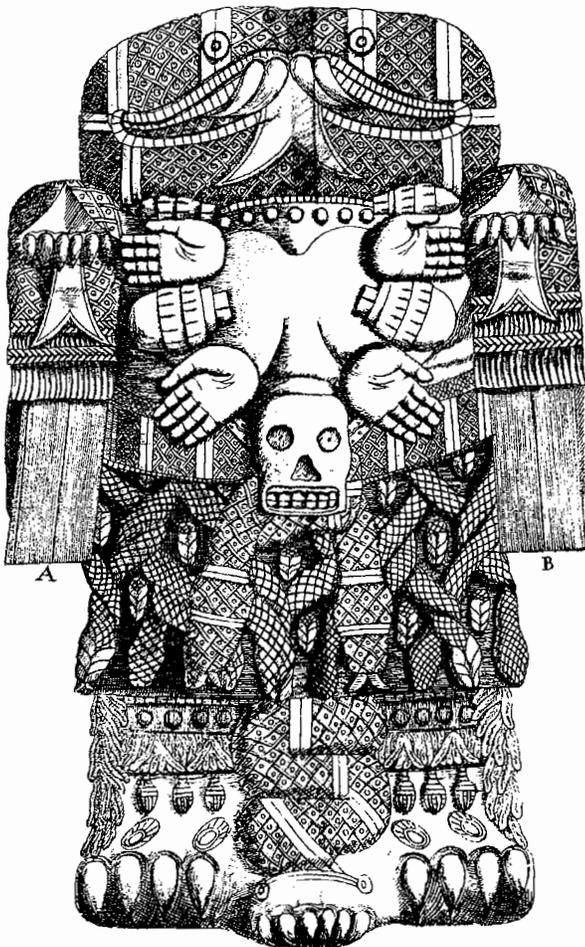


Ilustración 1.1. Estatua de la diosa Coatlicue. Museo Nacional de Antropología e Historia de México.



Ilustración 1.2. Estatua de la diosa Coatlicue (reverso). Museo Nacional de Antropología e Historia de México.

eruditos se cuestionaron mutuamente, se retaron e insultaron en su afán de contestar a preguntas sobre el origen, la elaboración, el significado y la función de las piezas: ¿de qué tipo de piedra estaba hecha cada una? ¿Cómo se habían esculpido? ¿Qué representaban? ¿Para qué servían? ¿Cómo se podían estudiar de manera adecuada? ¿Cómo —a base de estos y otros hallazgos similares— escribir y reivindicar el pasado prehispánico y colonial de México para enfrentar las historias tan negativas y estereotipadas del Nuevo Mundo que circulaban en Europa en ese momento?

Esta última pregunta había sido abordada ya a lo largo del siglo XVIII por varios eruditos criollos y europeos, preocupados por frenar la divulgación de falsedades y errores sobre América en general y sobre la Nueva España en particular. Estos eruditos habían basado sus defensas históricas del pasado mexicano en crónicas, manuscritos, libros impresos o códices, provenientes de fuentes prehispánicas o coloniales.<sup>5</sup>

Pero, sin descartar la importancia de las fuentes escritas en el caso de los debates en torno a los hallazgos de la Plaza Mayor, la novedad consistía en que ilustrados como León y Gama (1990) y Alzate y Ramírez (1831) inauguraron una nueva manera de hacer historia del pasado mexicano a través del estudio sistemático de las huellas, los restos y los fragmentos materiales de ese pasado: piedras esculpidas, instrumentos para labrar, entierros y objetos funerarios, grandes complejos arqueológicos, entre otros. Los textos que integran el debate sobre las dos piedras se encuentran así entre los primeros estudios sobre las antigüedades de la Nueva España y constituirán referencias obligadas para la literatura anticuaria decimonónica.

Estos textos —particularmente los escritos de León y Gama— han recibido una atención esporádica por parte de los historiadores. Entre los trabajos más importantes, se

<sup>5</sup> Entre ellos se encuentran figuras de gran renombre, como lo fueron Lorenzo Boturini (1702-1753), Mariano Fernández de Echeverría y Veytia (1718-

1780) y Francisco Xavier Clavijero (1731-1787), entre otros. Para una referencia mucho más exhaustiva sobre los estudiantes del pasado prehispánico en el siglo XVIII, véase Moreno de los Arcos (1979).

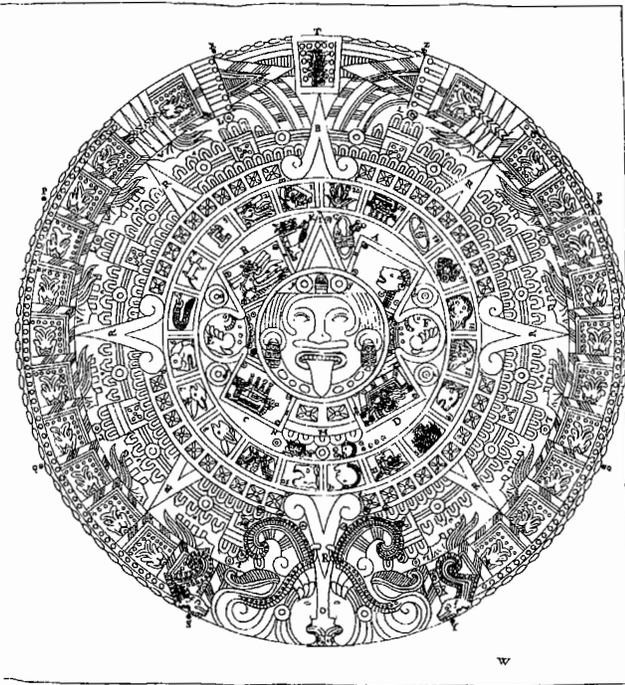


Ilustración 1.3. Piedra del Sol. Museo Nacional de Antropología e Historia de México.

encuentran indudablemente los de Roberto Moreno de los Arcos, quien ubica los estudios anticuarios de León y Gama dentro del contexto específico de la Ilustración novohispana (Moreno, 1970, 1971, 1979). Recientemente, Jorge Cañizares-Esguerra (2001) estudió los textos anticuarios sobre las dos piedras en su dimensión polémica como partes de una controversia metodológica e ideológica; sin embargo, la predisposición ideológica del propio autor lo lleva a reducir las diferencias entre los contrincantes a generalidades —a veces un tanto banales, según creemos— y a encasillar la literatura anticuaría producida por los criollos fundamentalmente como ejemplos de una supuesta «epistemología patriótica».<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Cañizares-Esguerra llegó a considerar a León y Gama como metódico y cuantitativo y a Alzate como el menos sistemático de los dos, por ejemplo. En realidad, la vastísima y variada obra de Alzate incluye un mapa de la Nueva España, observaciones precisas de fenómenos astronómicos (eclipses, el paso de Venus sobre el disco del sol), el censo de la población de la Ciudad de México y detalladas descripciones de varios inventos suyos —máquinas e instrumentos— de utilidad en la minería y en la agricultura. Resulta irrelevante, por lo tanto, distinguir entre una Ilustración matemática (del astrónomo León y Gama, quien, dicho sea de paso, creía en afinidades ocultas entre las cosas del mundo) y una Ilustración menos rigurosa (del periodista Alzate). Por otro lado, en referencia a los debates anticuarios entre los dos ilustrados novohispanos, Cañizares-Esguerra identificó, hacia finales del siglo XVIII, el paso de la evidencia escrita (libros, manuscritos, códices) a una evidencia considerada más fiable según los criterios del momento (producida a partir del estudio de objetos materiales o de datos lingüísticos, etnográficos, botánicos, de la historia natural); sin embargo, no prestó mayor atención al estudio de las dos piedras como objetos de análisis material, limitándose a hacer un detallado recuento de las diferencias en torno a los jeroglíficos entre los dos estudiosos.

En este ensayo quisiera tratar una característica primordial, aunque ignorada, de la literatura anticuaría: el aspecto propiamente material de los estudios anticuarios. Es decir, ¿cómo y por qué surge el interés de hacer historia, a través de los objetos? ¿Cómo se construyen las prácticas y los métodos para llevar a cabo análisis materiales? Y ¿qué usos —sociales, políticos, culturales— tienen los estudios anticuarios de finales del siglo XVIII? Por un lado, me interesa ubicar el auge de la literatura anticuaría dentro de un contexto transatlántico de consumo y receptividad hacia los restos materiales de los pueblos antiguos. «Descubrimientos» como los realizados en Pompeya y Herculano y la política cultural española de la segunda mitad del siglo XVIII fomentaron el estudio de las antigüedades a lo ancho del Imperio. Por otro lado, la fiebre de las ruinas promovió gran número de reflexiones sobre las metodologías más adecuadas para estudiarlas, reflexiones que llevaron a enfrentamientos entre enfoques simbólicos y materiales, iconográficos y analíticos.

Resaltaré sobre todo el papel de la ciencia ilustrada —entendida como propuesta innovadora de observación, de experimentación y de presentación y análisis de datos— en los debates anticuarios sobre las dos piedras. Ante la aparente polisemia de los jeroglíficos *mexica* y la imposibilidad de fijar lecturas unívocas, se apelaba a las ciencias químicas y físicas entre otras, y a la figura del científico ilustrado para probar y justificar los argumentos esbozados por los diferentes contrincantes. Así, las controversias sobre las dos piedras evidencian el auge de la ciencia como medida universal de la verdad, como juez y parte a la vez en la producción de argumentos verídicos e incontestables.

Finalmente, quisiera plantear que el estudio de los restos materiales de la cultura prehispánica contribuyó a la formación de un género *discursivo* que permitía la re-escritura de la historia americana desde una perspectiva local, con los propósitos de confrontar y de corregir las historias universalistas de la humanidad que estaban en boga a finales del siglo XVIII. Al mismo tiempo, el surgimiento de la historia local —como el de la meteorología o de la botánica local, por ejemplo— dependerá de, y a la vez fomentará, la presencia del erudito criollo, un personaje clave en el intercambio cultural y científico de textos, datos, artefactos e ideas en el mundo transatlántico.

### La literatura anticuaría en sus contextos

El estudio de las antigüedades mexicanas a finales del siglo XVIII se debía tanto a cambios culturales en el contexto inmediato como a acontecimientos históricos y a

tendencias científicas, epistemológicas y políticas que abarcaban un contexto mucho más amplio que el de la Nueva España. Por un lado, se relajaron de manera visible el recelo y la desconfianza frente a los restos del pasado prehispánico por parte de las autoridades religiosas y laicas. En los primeros años después de la Conquista, los restos materiales del pasado prehispánico (códices, esculturas y masivos complejos arquitectónicos) habían padecido la destrucción masiva a manos del celo evangelizador que veía idolatrías en cada rincón. En su «Discurso preliminar» a la primera parte de su *Descripción* —uno de los manifiestos más lúcidos de la literatura anticuaria mexicana— León y Gama deploraba la pérdida de la memoria material, e implícitamente intelectual, del pasado mexicano, y la atribuía sobre todo a la incapacidad de diferenciar, por parte de los primeros evangelizadores, entre objetos religiosos y de culto y objetos de naturaleza histórica y descriptiva (si es que es posible hacer una nítida diferenciación en todos los casos). El daño había sido mayor — insistía el autor— porque los indios aprendieron a ocultar documentos y objetos pertenecientes a su antigüedad y a callar el verdadero significado de sus monumentos y a inventar «fábulas y despropósitos no sólo a los españoles [sino también] a los de su nación». Frente a estas actitudes, León y Gama reconocía el cambio radical que se había dado durante su siglo: lejos de destruir el «monstruoso ídolo» (León y Gama se refería a la Coatlicue) recién hallado en la Plaza Mayor, las autoridades impulsaron su estudio.<sup>7</sup> Como responsable de este cambio, el erudito criollo señalaba a la política cultural del rey Carlos III, cuyo afán anticuario había encontrado su máxima expresión en las excavaciones de Pompeya y Herculano, y en la fundación del museo del Pórtico para guardar las piezas encontradas.

Las excavaciones en la península itálica durante la segunda mitad del siglo XVIII constituyeron tal vez la causa más tangible de la pasión occidental por las antigüedades en ese momento, sirviendo de acicate para descubridores, intérpretes y coleccionistas de antigüedades, al tiempo que definieron una importante forma de sociabilidad y de identidad para la elite ilustrada. El gran paseo anticuario o el viaje a las ruinas (sobre todo griegas y romanas) y la colección y estudio de antigüedades representaban, junto con la práctica de las ciencias a la moda (como la electricidad, el magnetismo

o la meteorología), pasatiempos socialmente aprobados para todo noble con pretensiones.

En la Nueva España, donde el sueño de visitar ruinas griegas y romanas era inalcanzable en la mayoría de los casos, fueron las ruinas prehispánicas las que despertaron la curiosidad de los eruditos. Así, durante las últimas dos décadas del siglo XVIII, se publicaron estudios aislados sobre las pirámides de Xochicalco y del Tajín y empezaron a circular noticias sobre el «descubrimiento» del fabuloso sitio de Palenque en el sureste de México (Alcina Franch, 1995: 83-110). Como insistían los ilustrados criollos en sus escritos, las noticias de las antigüedades novohispanas —así como de las noticias sobre la flora, la fauna y los productos autóctonos de la Nueva España— tuvieron sus ávidos lectores del otro lado del Atlántico. Alzate, por ejemplo, dedicaba su estudio sobre Xochicalco a los miembros de la expedición de Alejandro Malaspina, mientras que, al emprender la segunda parte de su *Descripción*, León y Gama también tenía en mente a sus corresponsales y lectores europeos que habían leído la primera parte. En una fecha tan temprana como 1804 —dos años después de la muerte de León y Gama— la primera parte de la *Descripción* sería traducida al italiano y publicada en Roma por el jesuita mexicano exiliado Pedro José de Márquez (1741-1820), bajo el título *Saggio dell' Astronomia, cronologia e mitologia degli antichi Messicani*.

Sin embargo, más allá de cuestiones de gusto y moda o de prodigiosos hallazgos arqueológicos, la pasión por las antigüedades se nutría de (y a la vez nutría) un importante cambio en la noción de evidencia, que a la vez significó un ajuste en la relación entre historiadores y anticuarios, entre texto y objeto. En un célebre ensayo, «Ancient History and The Antiquarian» (1950), el historiador Arnaldo Momigliano mostró cómo la transición del humanismo renacentista a la Ilustración implicó, en el caso de la historia, el gradual cuestionamiento de las fuentes escritas y el privilegiar fuentes materiales como evidencia más fiable.<sup>8</sup> Para los historiadores renacentistas, la evidencia de tipo material sólo servía para reforzar las historias incuestionables contadas por los clásicos y, por lo tanto, los anticuarios —coleccionistas y estudiosos de antigüedades— ocupaban un lugar inferior al

<sup>7</sup> Poco después, sin embargo, las mismas autoridades, al percatarse de que los indios dejaban velas y ofrendas a la estatua, mandaron enterrarla de nuevo. En 1803, con ocasión de su visita a la Ciudad de México, Humboldt se valió de poderosas influencias para lograr que la estatua se volviera a desenterrar, por un par de horas. La Coatlicue fue finalmente y definitivamente desenterrada en 1832, cuando se guardó en el Museo Nacional.

<sup>8</sup> En realidad, la transición que señala Momigliano no se dio exclusivamente en la historia, sino también en muchas áreas del conocimiento (como fueron los casos de la medicina, la astronomía, la filosofía natural y la pintura) y representó uno de los cambios epistemológicos más importantes de la ciencia moderna. De manera muy simplificada, este cambio se podría caracterizar como el rechazo (por lo menos teórico) de las autoridades tradicionales en favor de la evidencia de los sentidos, o como el paso de la síntesis como método favorecido para conocer el mundo al análisis (véase Pickstone, 2000).

de los historiadores. Pero, a partir de los últimos años del siglo XVII, esta relación se fue invirtiendo. Se argumentaba que los documentos escritos eran más fácilmente falsificables y que una moneda o una inscripción lapidaria servían a la vez como símbolos y pruebas de un suceso histórico pasado.

Al mismo tiempo, el paso del documento escrito al objeto material reflejaba un compromiso político con la historia local. Estudiar el pasado de culturas que habían dejado pocos documentos escritos (o ninguno), o cuyos documentos eran indescifrables —como en el caso de Stonehenge, de la cultura etrusca en la península itálica, o del pasado *mexicana*, maya o inca— implicaba perder de vista (aunque temporalmente) a Roma y renunciar a las historias escritas por los clásicos a favor de restos arquitectónicos, de estatuas, de entierros, o de objetos provenientes de la cultura material. Como insistía León y Gama en relación con los hallazgos en la plaza central de la Ciudad de México: «la historia antigua de esta nación [mexicana] era exhausta de documentos originales», pero las dos piedras, junto con otros objetos, fungían para «declarar haber sido [esta nación] una de las más civilizadas y políticas del nuevo mundo» y para corregir los errores que se debían a ocultamientos, engaños y «falsas hipótesis» que «habían desfigurado y confundido» las demás explicaciones de la cultura antigua mexicana.

A finales del siglo XVIII coincidieron, por lo tanto, varias circunstancias (de corte cultural, religioso, político y epistemológico) que despertaron el interés en el pasado material prehispánico, identificaron el estudio de las huellas físicas de ese pasado con la búsqueda y la defensa de una identidad cultural local, y dieron origen a la tradición anticuaria mexicana. Pero, aun cuando las figuras más importantes del escenario ilustrado novohispano coincidían en la importancia de desenterrar y estudiar el pasado mexicano, había poco acuerdo en cómo llevar a cabo tal proyecto. Existía ya un *Cuestionario* redactado en España en los años setenta por orden de Carlos III, con el propósito de sistematizar el estudio de las antigüedades. Detrás de este *Cuestionario* se vislumbraba una voluntad de crear unidades universales para medir y comparar grados de barbarie y de civilización a través de indicadores como la presencia de arcos, caminos, fuentes de agua, edificios que podrían haber servido como tesoreras o como cárceles y monedas de metal, entre otros (Alcina Franch, 1995: 81).

Pero si los anticuarios mexicanos conocían este programa de estudios, no parecen haberle dado mucha importancia. Al contrario, los participantes en el debate sobre las dos piedras se entregaron a revelar la sofisticación de la civilización *mexicana* a base de indicadores locales, y este esfuerzo no tenía precedente. Cómo estudiar las antigüedades mexicanas no era

algo obvio ni natural, sino sujeto a debate, y ante la falta de convenciones los contrincantes se vieron forzados a definir sus prácticas, a adquirir habilidades interpretativas y herramientas de análisis y a construir y defender modos de proceder ante el objeto del pasado sobre la marcha. Estas primeras aproximaciones al pasado material del México prehispánico constituyen un momento de búsqueda metodológica, de ingenio y de diversificación, donde lo literario y lo científico, el estudio de las costumbres y la observación de la vida cotidiana, la interpretación fantasiosa y el rigor metodológico se encuentran, debaten y negocian constantemente.

### **La clave de los signos: etimologías, jeroglíficos, heráldica**

Los temas más tenazmente discutidos con respecto a las dos piedras fueron la interpretación iconográfica de los jeroglíficos mexicanos, por un lado, y la composición y clasificación química de las piedras, por el otro. Desde su escueta nota en diciembre de 1790 en la *Gaceta Literaria de México*, donde reportaba el «descubrimiento» de la primera piedra, Alzate también introducía el tema de la interpretación del significado jeroglífico de la pieza, mostrándose sumamente escéptico de que tal interpretación fuera posible, a pesar de ciertas opiniones contrarias que circulaban. En cambio, entre los proponentes más convencidos de una lectura iconográfica se hallaba León y Gama, quien presentó varios niveles de interpretación sobre el significado de las dos piedras, a base de su sólido conocimiento del náhuatl, del cotejo cuidadoso y de la combinación ingeniosa de varios tipos de fuentes (relaciones escritas por los mismos mexicanos inmediatamente después de la Conquista, historias impresas por los cronistas y pinturas jeroglíficas). Así, en el caso de la llamada «Piedra del Sol», León y Gama proponía varios tipos de lecturas del monolito como calendario, reloj solar, marcador ritual y astronómico, sosteniendo a la vez que usos tan complejos indicaban el altísimo grado de civilización de los antiguos mexicanos.

Alzate contestó a la *Descripción* de León y Gama con un texto crítico publicado en agosto de 1792 en su *Gaceta Literaria de México*, donde se mostraba poco dispuesto a reconocer la solidez e ingenio de su adversario. En cuanto a las interpretaciones jeroglíficas propuestas por éste, Alzate comentaba que sin la existencia de una clave para «descifrar o [...] adivinar el misterio de los caracteres simbólicos», no se podía estimar si una interpretación determinada era falsa o verdadera. Muchos otros intentos de descifrar los caracteres mexicanos, así como los de otras culturas extintas cuyos

usos y costumbres se desconocían, estaban forzosamente destinados al fracaso. Traía al caso varios ejemplos insolubles, como el de la dudosa y controvertida explicación del topónimo «Tlatelolco» (como «montón de arena» o como «horno») y, finalmente, el de los numerosos significados de las expresiones Gog y Magog en la Biblia. Burlándose de los etimologistas, Alzate recurría al ejemplo de un periódico milanés, *El Café*, cuyos editores, jocosamente, habían derivado, «clara y positivamente», la voz «violín» de la palabra «Nabucodonosor». El autor remataba su controvertido texto —escrito en forma de carta a un amigo— con una posdata, donde resumía los diferentes intentos de descifrar los jeroglíficos mexicanos: mientras ciertos anticuarios anónimos (tal vez Borunda) habían entendido los caracteres mexicanos como «restos de geografía o topografía», León y Gama los había descifrado como «restos de mitología y astronomía de los antiguos pobladores de esta ciudad»: interpretaciones tan divergentes —que «distan entre sí lo que el cielo de la tierra», agregaba Alzate irónicamente— sólo corroboraban la arbitrariedad de todo intento de descifrar.

Aparentemente, la carta de Alzate puso fin al debate público: sus varios participantes se dejaron de atacar, defender e insultar en la prensa. Pero hubo por lo menos una respuesta importante más: en noviembre de 1794, León y Gama concluyó una segunda parte de su *Descripción* con el título de *Advertencias anti-críticas*, concebida por el autor como un intento de satisfacer el interés y curiosidad de amigos mexicanos y extranjeros, presentando los descubrimientos anticuarios de los dos años previos, por un lado; y, por el otro, como un ajuste de cuentas con su crítico más acérrimo, Alzate. León y Gama regresaba al asunto de los jeroglíficos para reconocer que no se podía encontrar o formular una clave universal porque tal clave nunca existió. Al contrario, el autor comparaba la relación en náhuatl entre voz y signo escrito o pintado con una relación semejante en el chino: «cada palabra tiene un carácter propio con que la significan; [...] pero como pueden inventar cada día más y más voces,<sup>9</sup> necesariamente han de inventar figuras con que las signifiquen». Finalmente, concluía León y Gama, la interpretación de cada jeroglífico mexicano dependía del uso que se le daba para representar diferentes tipos de historias.

<sup>9</sup> En el caso del náhuatl, esto se debe a la naturaleza aglutinante del idioma, donde se pueden formar nuevas palabras a base de la combinación de raíces de otras palabras. Creo que la cita de León y Gama se refiere a las limitaciones del jeroglifo, que usa una imagen para cada palabra. La idea está tomada del P. Acosta (1590), que compara la escritura náhuatl con la china y japonesa (como pinturas, no escrituras). Nada que ver con la estructura de la lengua náhuatl, sino con su escritura.

Las *Advertencias* de León y Gama no se publicaron sino hasta 1832 (aunque, como mencioné arriba, la primera parte circulaba en por lo menos dos ediciones, una mexicana de 1792 y otra italiana de 1804) por varias razones: por un lado, León y Gama deploraba amargamente la falta de suscriptores y el elevado costo de la publicación. Por el otro, es posible que el proceso y encarcelamiento en 1795 de fray Servando Teresa de Mier (1763-1827) —quien había basado su célebre sermón guadalupano predicado en diciembre de 1794 en las excéntricas interpretaciones de jeroglíficos mexicanos hechas por el licenciado José Ignacio Borunda— y la confiscación de la «Clave general de jeroglíficos americanos» de éste hicieran desistir a los anticuarios novohispanos de sus intentos por descifrar símbolos y caracteres prehispánicos y, sobre todo, en sus deseos de publicar tales trabajos.<sup>10</sup> Es muy probable, sin embargo, que las *Advertencias* circularan en forma manuscrita entre los eruditos novohispanos y que se discutieran en tertulias y reuniones; frente a la censura o a los costos elevados de publicación, un manuscrito podía servir de vehículo de diseminación de hipótesis controvertidas o hasta heterodoxas.<sup>11</sup>

Pero, si el texto circuló durante los últimos años del siglo XVIII, no parece haber referencias escritas a los argumentos presentados por León y Gama. Imposible saber, por lo tanto, si las soluciones que esgrimió en su manuscrito contentaron a Alzate o tensionaron más una relación ya de por sí bastante polarizada. Sin embargo, más allá de las nuevas propuestas de León y Gama, el debate sobre los jeroglíficos mexicanos revela que la interpretación iconográfica de las antigüedades mexicanas estaba sujeta a las ambigüedades propias a toda interpretación filológica y parecía originar más preguntas que respuestas, más dudas que certezas. Ante la falta de un diccionario de lo figurativo o de una iconografía de posibles significados, era difícil evadir la pregunta: ¿cómo distinguir lo filosófico de lo religioso, lo cronológico de lo profético, lo astrológico de lo histórico, lo ornamental de lo esencial? León y Gama trazaba las distinciones en función de cálculos astronómicos y de meticulosos estudios jeroglíficos y lingüísticos. Sin embargo, lejos de crear consensos, sus respuestas implicaban el regreso a la evidencia textual y a la lectura, con todas sus dificultades implícitas, entre las cuales el problema de la fiabilidad del texto no era la menor. León y Gama lo sabía y no en vano insistía tanto sobre el carácter confiable de cada una de sus fuentes bibliográficas.

<sup>10</sup> Sobre la polémica sobre el sermón guadalupano y sobre la clave jeroglífica de Borunda, ver Mier (1981) y Brading (2001). Véase también la nota 4.

<sup>11</sup> Agradezco las reflexiones de Nancy Vogeley sobre estas varias características del género manuscrito.

Mientras el aspecto simbólico o iconográfico de las piezas permanecía sujeto a incertidumbres, su materialidad pétreo parecía constituirse como una novedosa solución al *impasse*. El estudio «material» de las dos piedras en la última década del siglo XVIII no ha recibido atención por parte de los historiadores actuales de la arqueología mexicana. Cuando se le menciona es siempre de paso, como un simple dato curioso, secundario al debate iconográfico. No lo consideraban así los varios participantes en el debate: la virulencia de los argumentos en torno a la materialidad de las dos piedras —argumentos que se esgrimían al lado de las discusiones iconográficas— reflejan que los datos físicos ocupaban un lugar principal en la literatura anticuaria. Y León y Gama reforzaba este aspecto de su estudio al nombrar su primer tratado *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras* (y no piezas).

En sí, las piedras ofrecían una serie de datos distintos, en principio tangibles, como información de naturaleza química (sobre la clasificación de cada piedra) y técnica (sobre los métodos empleados para labrar o mover los objetos). Seguir las pistas de estos datos —el tipo de efervescencia, más o menos fuerte, que sufría la piedra en reacción con un ácido, el tipo de corte o el relieve de las figuras talladas— ayudaría a entender no tanto qué representaban las dos piedras labradas, sino qué indicios podían proveer en cuanto a los alcances culturales y tecnológicos del pueblo que las había producido. Aunque el análisis de las características materiales de las piezas tampoco llevó a un consenso entre los diferentes participantes en los debates, el simple hecho de tomar en cuenta la materialidad del objeto apuntaba hacia una nueva dirección en la literatura anticuaria mexicana. El estudio de las antigüedades mexicanas no representaba solamente una revolución epistemológica que privilegiaba la evidencia material sobre la textual, sino que implicaba inventar y poner a prueba nuevos métodos de aproximación física al objeto. En esto, la ciencia contemporánea jugó un papel imprescindible.

### Autopsias pétreas, cuadros de costumbres

La transición epistemológica del texto al objeto como fuente fiable de evidencia se dio a través de la transición del método filológico a lo que el historiador de la arqueología Alain Schnapp ha denominado la «autopsia del objeto», entendida como apertura, invasión o división; o sea, su examen minucioso mediante los sentidos del tacto, del gusto, del olor y, sobre todo, de la vista (Schnapp, 1993: 181). En el caso de las dos piedras encontradas en la Ciudad de

México, el interés por su análisis material se manifestó desde el momento inicial del hallazgo de la primera pieza: recién desenterrada ésta, el rector de la Universidad propuso trasladarla a esta institución con el propósito de estudiarla allí con más detenimiento y de hacerla «medir, pesar, dibujar y grabar, a fin de publicarla, con las noticias que aquel ilustre cuerpo [la Universidad] tenga o pueda indagar acerca de su origen». Para noviembre de 1790, la pieza se encontraba en el atrio de la Universidad, desde donde atrajo la atención de indios que llegaban a dejarle ofrendas y velas encendidas. No se podía decir lo mismo del rector, cuya atención se dejó tal vez llamar por otros asuntos y quien seguía sin cumplir su promesa. Fue León y Gama quien finalmente llevó a cabo el estudio de ésta y de la segunda piedra, no sin mayores dificultades; dado su volumen y forma irregulares, su peso se podía determinar solamente a través de complicados cálculos trigonométricos, una vez conocida la densidad de cada piedra. A su vez, esto requería conocer su composición química, y tanto León y Gama como Alzate diseñaron experimentos diversos e ingeniosos para averiguarla.

En otras palabras, las dos piedras fueron sometidas a prácticas provenientes de la ciencia mexicana de vanguardia en aquel momento, cuya autoridad derivaba del uso de instrumentos y de experimentos cuantificables, y de sus conocimientos de los últimos avances de la ciencia europea. En este sentido, hay que recordar que, por lo menos Alzate y León y Gama (el perfil de los estudiosos anónimos o bajo pseudónimo es más difícil de averiguar), eran practicantes activos de las ciencias. Alzate, entre muchos otros méritos, realizó observaciones meteorológicas diarias a lo largo de treinta años, escribió tratados varios sobre la grana cochinilla, sobre la topografía y el carácter de la Ciudad de México y sobre las varias epidemias que la azotaban; fue corresponsal de la Académie des Sciences de París y jugó un papel preponderante en la divulgación de la ciencia, a través de los varios periódicos que él mismo financiaba. A su vez, León y Gama era sobre todo un astrónomo consagrado y corresponsal de astrónomos europeos de la talla de Lalande. Al mismo tiempo, tanto León y Gama como Alzate practicaban la ciencia de manera combativa y estaban curtidos en el arte del debate; durante las últimas dos décadas del siglo XVIII, se habían encontrado (entre sí o con otros científicos) en otras polémicas sobre una gran variedad de temas de interés científico: el uso terapéutico de las lagartijas, la naturaleza de las auroras boreales, el origen y efectos de las manchas del Sol, la validez del sistema taxonómico de Linneo. Más allá del asunto específico de cada uno de estos debates, que dependían directamente de la presencia de la prensa y de un público lector, trazaban normas sobre

los temas aptos de discusión y sobre los criterios —sociales, bibliográficos, metodológicos, discursivos— necesarios para establecer la verdad.<sup>12</sup>

La experiencia científica de Alzate y de León y Gama influyó en sus respectivos análisis de las dos piedras y se vio reflejada particularmente en un punto apasionadamente debatido: la composición química de las piedras. En su *Descripción*, León y Gama emprendió un análisis muy pormenorizado para describir la primera piedra como «la especie 156 de las piedras arenarias que describe en su mineralogía Valmont de Bomare, dura, compacta y difícil de extraer fuego de ella, semejante a la que se emplea en los molinos».<sup>13</sup> En cuanto a la segunda piedra, la clasificaba como «calcárea, dura y compacta, semejante a la de la especie 107 núm. 2», según el mismo Valmont de Bomare. Pero desde la *Gaceta Literaria de México* de agosto de 1792, Alzate criticaba las clasificaciones de León y Gama, invitándole a llevar a cabo una larga lista de experimentos: observar las piedras con un microscopio y tocarlas con ácidos minerales —vitriólico, nitroso y espíritu de sal marina— para descartar que éstas hicieran cualquier tipo de reacción con los ácidos. Este experimento crucial para separar las piedras calcáreas de las vitrificables demostraba, precisamente, que la segunda pieza estaba hecha de piedra volcánica, de la cual también se fabricaba el metate, «instrumento bien conocido en Europa porque sirve para preparar el chocolate», añadía Alzate. Para reforzar sus argumentos, Alzate señalaba que esta especie de piedra era preferida por los antiguos mexicanos porque «es muy dócil, y no se despostilla al labrarla como otras de diversa naturaleza». En cuanto a la primera piedra, razonamientos similares a partir de ciertos experimentos químicos y físicos le llevaban a describirla como granito. En sus *Advertencias anti-críticas*, León y Gama defendía sus clasificaciones al señalar varias fallas de procedimiento y de interpretación en los experimentos de Alzate. Entre otras impugnaciones, observaba que Alzate había atribuido la casi imperceptible reacción de la segunda piedra con los ácidos minerales al polvo que cubría la piedra, cuando, según León y Gama, la tenue reacción se debía al hecho de que Alzate estaba experimentando sobre una superficie muy reducida. En otras palabras, León y Gama acusaba a Alzate de tener poco discernimiento y rigor científico.

El tipo de piedra usada para esculpir los dos monumentos mexicanos no era un asunto baladí o erudito de composición química, sino que tenía una relevancia particular porque servía para identificar el lugar desde donde se había extraído el material de cada una. Así, en su nota de agosto de 1792, Alzate sugería que los indios habían conducido la segunda piedra desde el pedregal de Coyoacán y «para hablar con los naturalistas [europeos]», el sabio criollo pasaba a documentar algunas de las peculiaridades de este lugar tan extraordinario que presentaba superficies llanas de más de treinta varas de diámetro; aquí la gente podía construir sus casas sin cimientos, libres de inundación, sobre suelos exentos de las vicisitudes de las estaciones. Alzate no podía ocultar su asombro frente a tanta «profusión de la naturaleza»: «este rincón de Nueva España [...] merece observarse con atención [porque] encierra en sí particularidades, así del reino mineral como el vegetal; y como es producción volcánica muy distante del cráter o boca volcánica, su registro manifestaría a los hombres raras novedades».

A su vez, el registro del lugar de proveniencia de la piedra llevaba a los dos antagonistas a maravillarse de los métodos de transportación de piedras tan enormes. Aunque León y Gama reconocía en su primer tratado que no había podido encontrar datos sobre los métodos usados por los indios para el transporte, señalaba con admiración la sencillez y ligereza de los instrumentos prehispánicos y la perfección de los objetos producidos con ellos y se detenía en el ejemplo del *tejamanil*, lámina delgada de madera, labrada con el uso de un instrumento de piedra. Esta mención casual le costó otro reproche por parte de Alzate, quien argumentaba que el *tejamanil* se labraba con madera de pino y le criticaba a León y Gama el no haber puesto más atención en la manera de talar pino de los indios y no haber consultado con los propietarios de haciendas cercanas a la Ciudad de México, quienes lo hubieran informado mejor.

No obstante sus serios desacuerdos sobre la naturaleza química y física de las dos piedras y sobre la tecnología empleada para labrarlas y moverlas, Alzate y León y Gama partían de una premisa común en sus respectivas aproximaciones al objeto: el conocimiento científico, antes ignorado en la escritura de la historia, tenía que formar parte integral de todo estudio anticuario. Pero de ninguna manera se podía limitar tal conocimiento a saberes de índole teórica o formal (como la astronomía o la física) ni a las verdades ofrecidas por una ciencia universal. Aunque un libro como el de Valmont de Bomare (1762) no dejaba de ser una referencia obligatoria tanto para Alzate como para León y Gama, el estudio de las antigüedades mexicanas involucraba al mismo tiempo una variedad de prácticas menos formales que,

<sup>12</sup> Sobre la relevancia política y científica de los debates mexicanos de finales del siglo XVIII para la conformación de una esfera pública y de normas discursivas y temáticas para expresar opiniones públicas, véase Achim (2009).

<sup>13</sup> Muy probablemente se trataba del libro de Jean Christophe Valmont de Bomare, *Minéralogie ou Nouvelle Exposition du Règne Minéral avec un dictionnaire nomenclature et des tables synoptiques* (1762).

juntas, se podrían calificar como experiencia local: el viaje al sitio arqueológico o al lugar de origen de la piedra, su análisis topográfico, el examen meticuloso de la flora y la fauna de ese sitio, el contacto con los «prácticos» y los «rústicos» (para emplear la terminología de Alzate), el conocimiento extenso de sus costumbres, tradiciones e idioma. Esta diferente forma de acercarse a un objeto podía ser de gran ayuda justamente cuando las ciencias formales ofrecían respuestas ambiguas, difíciles de interpretar, o incompletas. No se trataba solamente de certezas científicas, sin embargo. En los escritos de los anticuarios mexicanos de finales del siglo XVIII, el conocimiento local y práctico llegó a jugar un importante papel político, porque permitía la afirmación del pasado mexicano contra la visión peyorativa del Nuevo Mundo ofrecida por historias de corte universalista de moda en Europa.

### La literatura anticuaria y la búsqueda de la historia local

Simultánea a la recién cobrada importancia de la literatura anticuaria —necesariamente sensible al detalle y a toda pista material que pudiera conducir a una explicación— surgía a mediados del siglo XVIII una nueva tendencia historiográfica, entre cuyos máximos representantes encontramos a Voltaire y a Montesquieu: la *historia filosófica* (Momigliano, 1950: 304-307). El tema privilegiado de esta nueva historiografía era la civilización; su tiempo preferido, el presente histórico, intemporal. Si los filósofos de la historia se interesaban por algunos de los datos estudiados por los anticuarios —como las costumbres o la tecnología—, este tipo de información servía para enumerar las etapas que medían el avance de la humanidad, o sea, su progreso de la barbarie a la civilización para llegar a su expresión culminante en la Europa occidental (básicamente Francia e Inglaterra). En las historias filosóficas, el detalle anticuario se volvía así un simple marcador universal, cuya idiosincrasia necesariamente se veía sacrificada a favor de una narrativa lineal y generalizadora del progreso.

Dentro de este esquema universalista, la América prehispánica y la colonial pertenecían a fases bárbaras o atrasadas, las cuales habrían sido superadas por las naciones civilizadas.<sup>14</sup> Entre los criollos mexicanos de finales del siglo XVIII, Alzate fue el más enérgico (y con más medios a su disposición) en corregir errores meteorológicos, botánicos, zoológicos e históricos y en combatir, de esta forma,

<sup>14</sup> Las vías para llegar a esta sentencia eran muy variadas y complejas, y tenían su origen en tradiciones cartográficas y astrológicas antiguas, en teorías climáticas y ambientales antiguas y modernas, en estereotipos étnicos (contra los españoles) y en las burdas generalizaciones de viajeros al Nuevo Mundo a lo largo del siglo XVIII.

los prejuicios europeos respecto al pasado y al presente de México.<sup>15</sup> De la misma manera, la literatura anticuaria mexicana recurría a una amplia variedad de conocimientos y experiencias locales, formales e informales, con el propósito de minar los sistemas filosóficos de un Buffon o de un Bomare, quienes habían calificado a los antiguos mexicanos como bárbaros. En esto, los diversos participantes en el debate anticuario mostraban un consenso incuestionable: el de aclarar que, lejos de representar una etapa primitiva en el progreso de la humanidad, ciertas culturas americanas (como la mexicana), habían adquirido un alto grado de civilización, comparable al de los máximos representantes de la cultura clásica. Así, León y Gama definía uno de los propósitos principales de su *Descripción* como

manifestar al orbe literario parte de los grandes conocimientos que poseyeron los indios de esta América en las artes y las ciencias, en tiempo de su gentilidad, para que se conozca cuán falsamente los calumniaron de irracionales o simples los enemigos de nuestros españoles, pretendiendo deslucirles las gloriosas hazañas que obraron en la conquista de nuestros reinos.

Al reivindicar los grandes logros del pasado prehispánico, los anticuarios mexicanos no necesariamente cuestionaron las líneas evolutivas trazadas por las historias filosóficas de corte universalista. La mayoría de las veces, se limitaron a mostrar que las culturas prehispánicas pertenecían a un grado mucho más avanzado de la civilización de lo que se había afirmado.<sup>16</sup> Las pruebas se encontraban en los objetos de varios tipos que quedaban después de la extinción de pueblos y culturas: objetos que empezaban a cobrar gran visibilidad y curiosidad entre las elites ilustradas (americanas y europeas) de finales del siglo XVIII.

Una serie de circunstancias favorables hicieron coincidir, en este momento, el interés en reivindicar su herencia prehispánica por parte de los criollos mexicanos (y americanos en general), por un lado, y la apertura hacia evidencias materiales para escribir la historia, por el otro. Tales circunstancias incluyen, como hemos visto, descubrimientos fortuitos de impresionantes artefactos mexicanos, la tolerancia religiosa

<sup>15</sup> Antonello Gerbi (1978) hace un detallado análisis de la polémica entre estereotipos europeos y respuestas criollas en torno a todos los aspectos de la realidad americana. El historiador italiano, sin embargo, tiene sorprendentemente poco que decir sobre ilustrados novohispanos como Alzate y León y Gama.

<sup>16</sup> El caso más notorio de la importancia de un orden cultural establecido es el de los primeros reportes de Palenque, donde los primeros «descubridores» se empeñaban en encontrar los marcadores de toda civilización: caminos pavimentados y ríos (para demostrar comunicación con otros sitios civilizados), edificios que podrían haber servido como tesoreras, prisiones, baños y templos, y monedas de metal (Alcina Franch, 1995: 83-110).

cada vez mayor hacia tales objetos, la boga ilustrada por las ruinas y por la ciencia cuantificable, y la presencia de un espacio público de opinión y de debate, facilitado por la prensa periódica. Surgió así una nueva forma de escritura histórica, la literatura anticuaria, la cual constituía en su énfasis en el detalle material un reto a historias y filosofías de corte universalista y fomentaba el rescate de lo local.

Al mismo tiempo, la literatura anticuaria abría un espacio importante para la figura del erudito criollo. Lejos de los centros de poder, en las márgenes del Imperio, criollos ilustrados del siglo XVIII como Alzate y León y Gama lograban cierta visibilidad más allá de la Nueva España, precisamente en su condición de eruditos locales: como profundos y rigurosos conocedores de las realidades mexicanas, pasadas y presentes. El acceso a los restos materiales del pasado prehispánico era justamente una oportunidad perfecta para su inserción en una red global de curiosos, cazadores, coleccionistas e historiadores del pasado material de la humanidad. Pero la participación en este diálogo transatlántico dependía a la vez de su capacidad de manejar un lenguaje compartido por las elites ilustradas de finales del siglo XVIII: el lenguaje de las ciencias del momento y de sus temáticas más imperantes.

El erudito criollo se perfila de esta forma como el interlocutor idóneo entre la realidad americana y otros eruditos atentos a esta realidad del otro lado del Atlántico. No olvidemos, en este sentido, que tanto Alzate como León y Gama eran corresponsales —o sea, interlocutores, eficientes traductores de lo local— de instituciones científicas europeas, que León y Gama se proponía satisfacer el interés de sus compatriotas, pero también de lectores extranjeros, al publicar sobre las antigüedades mexicanas, y que su *Descripción de las dos piedras* apareció en italiano tan tempranamente como el año 1804. De la misma forma, más allá de las visiones prevaletentes sobre la Ilustración mexicana como copia tardía de la europea, los debates anticuarios de 1792-94 en la Ciudad de México nos invitan a repensar la Ilustración en México como un intento de diálogo entre el conocimiento local y sistemas universalistas de clasificación y como tráfico fecundo de conceptos, objetos, libros e intereses.

### Bibliografía citada

- ACHIM, Miruna: «Debates científicos y verdades públicas en el México del siglo XVIII», en C. Illades y G. Leidenberger (coords.), *Polémicas intelectuales del México moderno*, México, CONACULTA-UAM-Cuajimalpa, 2008, pp. 25-68.
- ACOSTA, S. J., Joseph de: *Historia natural y moral de las Indias*, Sevilla, en casa de Juan de León, 1590 (reciente edición crítica de esta obra a cargo de Fermín del Pino-Díaz en esta misma colección, *De acá y de allá: fuentes etnográficas*, n.º 2, 2008).
- ALCINA FRANCH, José: *Arqueólogos o anticuarios*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1995.
- ALZATE Y RAMÍREZ, José Antonio: *Gaceta Literaria de México, Vol. III*, Puebla, México, 1831 [1791-1792].
- BRADING, David Anthony: *Mexican Phoenix. Our Lady of Guadalupe: Image and Tradition across Five Centuries*, Cambridge (U. K.), Cambridge University Press, 2001.
- CAÑIZARES-ESGUERRA, Jorge: *How to Write the History of the New World: Historiographies, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*, Stanford (EE. UU.), Stanford University Press, 2001.
- GERBI, Antonello: *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*, trad. de A. Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1978 [1955].
- LEÓN Y GAMA, Antonio: *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras*, ed. de C. M. de BUSTAMANTE (reedición facsimilar de la edición de 1832), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990 [1792, 1794].
- MARQUEZ, Pedro José de: *Saggio dell' Astronomia, cronologia e mitologia degli antichi Messicani. Opera di D. Antonio León y Gama*, Roma, Salomoni, 1804.
- MOMIGLIANO, Arnaldo: «Ancient History and The Antiquarian», *Journal of the Warburg and Courland Institutes*, 13/3-4 (1950), pp. 285-315.
- MIER, José Servando Teresa de: *Obras completas*, estudio preliminar y selección de textos de E. O'Gorman, México, UNAM, 1981 (2 vols.).
- MORENO DE LOS ARCOS, Roberto: «Ensayo bibliográfico de Antonio de León y Gama», *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, 3 (enero-junio 1970).
- «La colección Boturini y las fuentes de la obra de Antonio de León y Gama», *Estudios de Cultura Náhuatl*, 9 (1971), pp. 253-270.
- «La *Historia antigua de México* de Antonio de León y Gama», *Estudios de Historia Novohispana*, 7 (1979), pp. 49-78.
- PICKSTONE, John V.: *Ways of Thinking: A New History of Science, Technology and Medicine*, Chicago, The University of Chicago Press, 2000.
- SCHNAPP, Alain: *La conquête du passé: aux origines de l'archéologie*, Paris, Carré, 1993.
- VALMONT DE BOMARE, Jean Christophe: *Minéralogie ou Nouvelle Exposition du Règne Minéral [...]. Avec un dictionnaire nomenclateur et des tables synoptiques*, Paris, Vincent, 1762 (2 vols.).